

★ ALEX CARTIER ★

# MOVIE STAR

Una historia de amor  
tan ardiente como peligrosa



# **Alex Cartier**

## Movie Star 1

Traducción de María Méndez

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Movie Star 1*

© Belfond, un département de Place des Éditeurs, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Página 57: © *Song for a guy*, 1998 Mercury Records Limited, interpretada por Elton John.

Página 57: © *Candle in the wind*, 1990 Universal Records, a Division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Elton John.

Página 59: © *Your song*, 1995 Mercury Records Limited, interpretada por Elton John.

Página 239: © *Everybody needs somebody to love*, 1980 Atlantic Recording Corp., interpretada por The Blues Brothers.

Página 240: © *Jailhouse rock*, 1978 CC Music, interpretada por The Blues Brothers.

Página 241: © *My way*, 2009 Frank Sinatra Enterprises, LLC., interpretada por Frank Sinatra.

Páginas 241 y 413: © *Comme d'habitude*, 1997 Mercury Music Group, interpretada por Claude François.

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Primera edición en Colección Booket: septiembre de 2017

Depósito legal: B. 17.339-2017

ISBN: 978-84-08-17500-1

Composición: Átona - Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

## Diario de Ophélie, 8 de agosto de 2014

¡Lo he besado! He besado al hombre más sexi del planeta, quizá incluso del universo, el actor de los dos Óscar. He besado a una estrella. ¡Soy una estrella!

De hecho, para ser totalmente sincera, más bien ha sido él quien me ha besado, pero eso no cambia gran cosa. El resultado es el mismo, realmente increíble.

Se pude decir que cuando se ha besado a alrededor de treinta chicos en la vida, como yo (¿o es más bien cerca de cuarenta o de cincuenta?), la sensación siempre será más o menos la misma, pero no es verdad.

Con él fue exactamente *amazing*, no creo que exista una palabra en mi idioma para describir lo que he experimentado. Fue a la vez supertierno y superexcitante. Ya lo sé, puede parecer contradictorio, pero es así.

Estábamos visitando el yate y me estaba enseñando todas las cabinas, empezando por el puesto de pilotaje. Es un barco enorme. Hay un salón, un comedor, un gimnasio, un espacio para cine y muchas habitaciones.

En un momento dado abrió una puerta y era la de su dormitorio. Hay una cama grandiosa, inmensa, y a cada lado un cuarto de baño con una ducha. Los dos baños están

unidos por un *jacuzzi*. Me dijo que le gustaban los baños burbujeantes, que le sientan bien a la espalda, sobre todo cuando ha jugado mucho al golf.

Espuma de afeitar, perfume para hombre, visiblemente me encontraba en el lado de él... De pronto, miré al otro lado del *jacuzzi* y vi el cuarto de baño de ella. Para mí fue un impacto... Y no obstante sabía que ella existe: he visto sus películas, sé cómo se han conocido. He leído prácticamente todos los artículos publicados sobre ellos en estos últimos años en *Voici, Gala, Elle, Cosmopolitan, Première*... La pareja de oro, con tres estatuillas doradas y dos palmas de Cannes.

Sé todo eso y aun así me ha chocado ver todos los productos de belleza, Dior, Chanel y hasta una crema de noche Clarins, como la que me regaló mi madre por mi último cumpleaños.

Me sentí incómoda, como si me hubiera quedado bloqueada en un ascensor. Creo que él lo notó y comprendió el motivo. No dijo nada, se hizo a un lado para dejarme salir. No me detuve en la habitación, fui directamente al pasillo. No me volví pero oí que él cerraba la puerta al salir.

No quería caminar deprisa para no dar la impresión de estar huyendo. Sin embargo, esa era mi intención: huir, escapar de aquella situación molesta.

Cuando llegué al final del pasillo, al ir a subir la escalera, me cogió la mano. Era la primera vez que me tocaba. Me volví. Creo que debía de tener una expresión rara, me sentía completamente perdida. Cuando estoy muy confusa, a veces bizqueo. En esos casos no me sirve de mucho tener «unos bonitos ojos color azul grisáceo».

Estoy segura de que en ese momento bizqueaba. Tenía la sensación de estar dentro de una película. Allí estaba él, delante de mí, en la penumbra, guapo, demasiado guapo. Me miraba con expresión profunda, con una sonrisa tenue encantadora. Creo que estaba bizqueando al máximo, debía

de estar horrible. No obstante no pareció espantado por el monstruo que tenía enfrente. Me cogió la otra mano. Debimos de estar así medio siglo, con mis dos manos en las suyas. Hay manos que matan, en sentido positivo, claro. Y entonces, muy despacio, me atrajo hacia él. Era todo tan suave, todo sucedía tan despacio que parecía una película lenta en la que las imágenes se van deslizando una tras otra.

Después fue muy parecido a lo que se siente en un accidente o una caída, muy lento y muy rápido a la vez, como si cada centésima de segundo durase una eternidad. Me acuerdo de cuando tenía dieciséis años, un día salí de casa en ciclomotor y un camión de pescadería salía de un garaje en marcha atrás. Era amarillo, el sol me daba directamente en la visera y no veía gran cosa, no tenía ninguna posibilidad... Retrocedió, yo lo vi en el último instante y frené. Demasiado tarde, impacté contra el parachoques posterior. Todo parecía pasar tan despacio, sentí que salía volando, de cabeza, y fui a estrellarme contra la puerta trasera de la camioneta. A continuación, todo pasó muy deprisa, me encontré en el suelo, vino gente a ayudarme y llegó una ambulancia. Por suerte, no me pasó nada e incluso fui al instituto esa misma tarde.

En fin, evocar esto es en cierto modo una digresión. Me recuerda el comienzo de *El guardián entre el centeno* cuando el profe del protagonista, Holden Caulfield, pide a los alumnos que hagan una composición sin digresiones y uno de los compañeros de Holden no es capaz.

Una digresión más. También, un diario es para uno mismo, así que uno debe poder darse permiso para este tipo de cosas. De este modo, cuando vuelva a leerlo dentro de veinte años, recordar no solo las cosas que hice sino también lo que sentí cuando las estaba escribiendo.

Pero volvamos al asunto, al yate: me tenía cogidas las manos, me atraía hacia él. Tengo la impresión de que esto

duró horas y luego, una millonésima de segundo más tarde, me estaba besando. No sé si fue él quien se acercó, si fui yo o si fuimos los dos a la vez. Fue todo más rápido que la velocidad de la luz. En realidad, creo que más bien fui yo quien le besó. Le besé como una loca, de manera desenfrenada, como había besado a Charles-Édouard a punto de empezar las vacaciones en tercero de secundaria, solo que ¡ahora tengo veintiséis años!

Empujé sus labios con la lengua para buscar la suya, estaba en su boca, en él. Era todo muy intenso, no podía controlarme. Mi lengua había logrado por completo la independencia y trataba de hacer mía su boca.

Ahora me da cierta vergüenza, no estoy segura de que eso fuera lo que él quería. Ni yo tampoco, pero era una especie de locura, de necesidad irreprimible.

Soportó la prueba que le imponía durante un momento, después retrocedió y me contempló con una mirada muy dulce. Después me soltó, me acarició la nuca y acercó mi cabeza a la suya con la mano.

Esta vez fue sencillamente el momento más erótico de mi existencia (quizá en empate con algunos momentos tórridos que viví con Christophe). Solo que en ese momento era tan solo un beso y no obstante tenía la fuerza de un orgasmo. Literalmente me derretía, tanto física como psicológicamente.

Sus labios estaban delicadamente posados sobre los míos. Me besó el labio inferior y después pasó al superior. Después, su lengua vino con suavidad en busca de la mía (que tras sus recientes hazañas había vuelto prudentemente a su sitio) y ambas comenzaron un vals a dos, un vals de mil tiempos que me pareció que duraba cien años.

En realidad no sé durante cuánto tiempo me besó. Seguro que no más de unos minutos. No tiene importancia, fue el instante perfecto.

Después subimos y él me soltó la mano. Sentía que era

hora de marcharme del barco, quiero decir del yate (verdadamente tengo que habituarme al lujo y llamar al pan, pan y al vino, vino), para regresar al camping.

El resto del día es una especie de enorme nebulosa.

Es tarde, más de medianoche. Estoy escribiendo el capítulo más largo de la historia del diario que comencé al final de la primaria y, por cierto, es también el más importante de mi vida.

No es el capítulo de una muchacha de veintiséis años sino, más bien, el capítulo de un cuento de hadas con príncipe y princesa.

En fin, no hay que entusiasmarse, tengo que mantenerme con los pies en la tierra.

De momento, el castillo en el que vivo es un piso pequeño en el distrito XVIII de París, que comparto con Christophe y mi gato *Romeo*, desde hace cuatro meses.

Y Christophe se encuentra a menos de cincuenta metros del lugar en que estoy escribiendo, en la tienda de campaña, seguramente dormido.



## Diario de Ophélie, hace un año

*8 de agosto de 2013*

Hoy es un gran día: no solo cumpla veinticinco años sino que también he vuelto a descubrir mi diario íntimo. Es una versión más moderna tecnológicamente hablando, ya que al cuaderno azul lo ha sustituido mi nuevo iPhone. Es mi regalo de cumpleaños: ¡estoy loca de contento!

He ido a casa de mis padres en Saint-Germain-en-Laye para celebrar mi veinticinco aniversario. Ir allí es toda una expedición. Salí a las once y media, un poco tarde, sin duda (pero no da tiempo a nada, siempre llego por los pelos...). Desde casa, diez minutos andando hasta el metro, línea 4 hasta el RER A, el tren de cercanías, que me ha llevado a mi destino en treinta minutos.

En el tren tengo dos ocupaciones: la lectura y el encuentro con el príncipe azul (aunque bien puede una preguntarse qué haría el príncipe azul en el RER entre Les Halles y Saint-Germain-en-Laye). Esta mañana, al entrar en el tren, he empezado por echar un vistazo discreto. Igual que siempre, o casi, no hay ni sombra de la sombra de ningún príncipe azul.

No hay más que gente gris, señores barrigones que pasan de los cincuenta (o quizá los cuarenta, pero en todo caso para mí son viejos), chicos de secundaria y algunos frikis que juegan con sus teléfonos inteligentes.

Siempre lo mismo. Otra vez mis esperanzas se quedan en nada. Tan lejos de lo que actualmente estoy leyendo. Empecé *Cincuenta sombras de Grey* hace diez días. La protagonista, una estudiante, conoce a un hombre de veintisiete años. No tiene nada especial, solo es superguapo, superrico, supersensacional. Bueno, también es aficionado al sadomasoquismo. *Nobody's perfect* (citando al millonario pretendiente de Jack Lemmon en *Con faldas y a lo loco*, una de mis películas preferidas).

Además, ¡esa cretina con suerte es virgen! Soy un poco dura con ella, pues me cae bien, Anastasia Steele. Es agradable y divertida.

Pero ¿por qué le sucede eso a ella y no a mí? Yo también soy mona, soy alta (1,72 m) más bien delgada (lamentablemente, no tanto como desearía en el trasero), tengo un pecho no demasiado imponente pero muy bonito y, sobre todo, tengo unos ojos grandes de color azul grisáceo.

Puedo rivalizar con Anastasia claramente, en fin, eso creo... Pero Christian Grey le ha tocado en suerte a ella, no a mí.

El martes pasado, al volver del trabajo, estaba leyendo ese libro en el metro cuando un hombre se dirigió a mí.

—¿Le gusta?

—¿Perdone?

—¿Le gusta el libro?

Lo miré a través de mis gafas Tom Ford (nuevas, fantásticas y que no me han costado nada, gracias a la mutua estu-penda de mi oficina) y lo estuve evaluando.

Para ser sincera, mi radar no lo había localizado especialmente cuando subí al metro. Un poco mayor para mí,

seguramente unos treinta y cinco años, no muy alto, menos de un metro ochenta, pero aunque no era muy sexi, tampoco estaba mal, Moreno, ojos castaños, bien vestido al estilo ejecutivo, traje y corbata.

—No está mal (soy bastante lacónica cuando no conozco a mi interlocutor y no es Christian Grey).

—A mí me gustó.

—¿Lo ha leído?

—Sí, ¿por qué no? ¿Los hombres no tienen derecho a leer la trilogía de E. L. James? ¿Está reservada a las mujeres? ¿Los hombres tienen que conformarse con el género de novela negra y criminal o de espionaje?

—No, no necesariamente, pero en general, cuando le hablas a un hombre de *Cincuenta sombras*, no sabe qué es o te toma por una jovencita frívola y romántica.

—Yo lo he leído, Anastasia...

¡Vaya! ¡La artimaña era muy burda, llamarme por el nombre de la protagonista! ¿Se toma por Christian Grey este idiota?

Pero aquel día me pilló de un humor apacible, sin duda por el buen tiempo y por la jornada inmejorable que había tenido en el trabajo. No le planté cara, lo cual le animó a continuar.

—Me bajo en la próxima estación. ¿Aceptaría tomar algo conmigo? Podríamos hablar del libro.

No era precisamente el ataque más refinado del mundo y, sin embargo, por algún motivo que aún no logro analizar del todo bien, acepté.

—*Why not?* No conozco mucho el barrio.

Estábamos en Porte Maillot, para entendernos: muy lejos del distrito XVIII, en la otra punta del mundo, el barrio de los burgueses.

Salimos del metro y nos encontramos en medio de miles de vehículos en dirección al Arco de Triunfo.

—¿Conoce el bar del Concorde Lafayette?

—No.

—Ya verá, hay unas vistas preciosas.

Cruzamos el atasco a través de los coches. Me tomé del brazo. Reconozco que no soy demasiado sensible al tacto con las personas que no conozco. No me gustó demasiado su manera arrogante de agarrarme.

En cuanto cruzamos, liberé el brazo con la mayor tranquilidad posible.

Llegamos. Invitarme a beber algo en el bar de un hotel no es nada extraordinario, podría haber elegido un bar de moda. Además debería ponerse al día: el hotel ya no se llama Concorde Lafayette sino Hyatt Regency Paris Étoile. Y se lo hice notar. Ya lo sé, es un poco mezquino, pero empezaba a preguntarme por qué no había seguido tranquilamente mi camino para reunirme con *Romeo*, mi gato cartujo.

Es un hotel gigantesco. En el vestíbulo caben cientos de personas; en el centro tiene dos enormes sofás redondos de cuero negro de casi cinco metros de diámetro que recuerdan a hamburguesas muy hechas. En cada uno de ellos estaban aposentadas unas diez personas, una mezcla de japoneses, hindúes y europeos del Este: todo muy ecléctico. Había también sentadas dos muchachas con atuendos bastante equívocos. No se sabía si estaban esperando al novio o a algún posible cliente.

En todo ello no había lo que se dice mucho glamur. Más bien daba una impresión de vieja gloria, de *has been*. Si tenía intención de impresionarme, la cosa empezaba mal.

Subimos en el ascensor, en el que cabían, por lo bajo, unas quince personas. A pesar de la presencia de extraños junto a nosotros, siguió hablándome de *Cincuenta sombras*.

—Se acuerda de lo que le dice Christian a Anastasia sobre el efecto que producen los ascensores en las parejas...

De verdad que empezaba a cansarme. No le contesté.

¿Es el único libro que ha leído en su vida o qué? A mí me gusta mucho *Cincuenta sombras*, pero de ahí a que sea la referencia absoluta en materia de citas literarias... Además, cuando Christian habla del efecto de los ascensores es después de ver a una pareja besarse apasionadamente y no como aquí, rodeado de un matrimonio chino, un japonés con una enorme cámara Nikon y una familia del Oriente Próximo con tres niños. Aquí hay un pequeño matiz para tener en cuenta, mi querido señor «Cito-cincuenta-sombras-todo-el-tiempo».

Cuando llegamos al piso treinta y cuatro, reconozco que las vistas me dejaron asombrada. Todo París ante mí, con la torre Eiffel como emblema de la belleza de la capital. ¡Cómo me gusta París!

El bar se llama Las Vistas, un signo más de sutileza y sofisticación. Al menos, el turista común no puede equivocarse: sabe dónde está. El problema es que precisamente el turismo común no me dice mucho.

El bar tiene unas inmensas cristaleras de diez metros de alto. Hay dos niveles. El primero con mesas altas y taburetes y el segundo, más bajo, con mesas y asientos alineados a lo largo de los ventanales.

—¿Prefieren estar cerca del ventanal o en el primer nivel?

—¿Anastasia?

Me doy cuenta de que no nos hemos dicho cómo nos llamamos. No es que me muera de ganas de hacerlo, pero si quiero cortar su ensoñación delirante, ese es el medio más seguro.

—Ophélie.

—¿Qué?

Cuando se tiene un mínimo de educación no se dice «¿Qué?», se dice «¿Perdone?» o «¿Cómo dice?». Además no se necesita haber estudiado en la Escuela Politécnica para entender que acabo de decirle mi nombre.

—Me llamo Ophélie. Sentémonos junto al ventanal.

Después de sentarnos, estuve mirando un buen rato París a mis pies. Treinta y cuatro pisos es una altura enorme. Vistas sublimes.

—Ophélie, Ophelia. Yo, Rodolphe.

La verdad es que no está de suerte. «Rodolphe», detesto ese nombre. De momento, todo el test le da error, rozamos el cero en la puntuación. Solo lo salva París, le deja llegar al uno o uno y medio sobre un máximo de diez. Como mucho, un dos.

Confieso que no me acuerdo muy bien de la conversación. Era verdaderamente aburrida. Me dijo que trabajaba para una compañía de reaseguros. Las compañías de seguros me suenan, pero ¿compañías de reaseguros?

Debería haber fingido que lo sabía, de verdad que debería... Un error de principiante. Tuve que aguantar un curso completo sobre reaseguros. Los dos puntos que tenía los había perdido. Ahora estábamos por debajo de cero. ¿Hasta qué punto podía bajar? Casi podía llegar a ser fascinante la perspectiva de observarlo en su descenso infernal.

Es gracioso, en algunos momentos no está uno verdaderamente dentro de su propio cuerpo, se encuentra por encima y observa la escena como si fuera un espectador.

Por desgracia (o por suerte), al cabo de diez minutos cayó en la cuenta de que me había perdido, que mi atención se había echado a volar para planear sobre el Panteón y la cúpula de los Inválidos. Trató de hacerme volver a nuestra mesa.

—Y usted, ¿qué hace en la vida? ¿Cuáles son sus aficciones?

Creo que casi habría preferido el curso sobre los reaseguros. No tenía ganas de hablarle de mí. Dije lo mínimo imprescindible, trabajo, gato (sin decirle el nombre) y baile.

—Por lo que veo, su gato es su compañero.

—El mío es más inteligente, más dulce, más guapo, más independiente y también más leal que todos los hombres que se puedan conocer. Además, tiene una cola hermosa y gruesa.

Ya lo sé. Normalmente no soy grosera. Sería la copa de champán, el aburrimiento, la altura... Me solté.

Habría hecho mejor callándome. Cuando ya estábamos instalándonos juntos en nuestro intercambio gris y tranquilo, desperté a la bestia.

—Si hablamos de belleza y de dulzura, no podría opinar, no conozco a su gato. En cambio, si hablamos del resto... No ha debido conocer a hombres con un gran talento.

«Un hombre con un gran talento.» Acabamos de entrar en la estratosfera de la alusión sexual torpe y barata.

Lo sé, fui yo la que empezó, pero esa no es razón para caer en mediocridades. Si al menos fuera ingenioso... No es que yo me oponga a las alusiones sexuales, no soy como mi abuela, pero esto...

Debí haberme levantado y marchado. Es lo que debía haber hecho, pero a pesar de todo habría sido un poco duro plantarlo así.

Opto por ignorarlo y proseguir con el tema baile. Él me ha dado un curso de diez minutos sobre reaseguros, de modo que yo le suelto un rollo de veinte minutos sobre el baile: danza clásica, jazz moderno, capoeira... No falta nada.

Y funciona. Al cabo de un rato se disculpa y se levanta. Si ha ido a pagar, podrá recuperar algunos puntos. Soy una muchacha moderna pero no me molesta un poco de galantería a la antigua. Por el contrario, si ha ido al lavabo...

Vuelve y me pone delante una tarjeta de plástico de ocho por cuatro centímetros con una fotografía del hotel. Adivino lo que es, pero no me atrevo a creerlo.

—¿Es la llave de una habitación?

—Las habitaciones con instrumentos de sumisión, cruz

grande de madera y esposas estaban todas ocupadas, así que he optado por una con espejo en el techo. Para empezar, creo que será suficiente.

Sin decir palabra, me levanto y me voy. No corro, pero casi. Sin duda sorprendido (es para preguntarse por qué), se lanza detrás de mí.

—Ophélie, era una broma. Pedí la tarjeta en el bar. ¡Esta es falsa!

Va a alcanzarme dentro de unos segundos, quizá a cogerme del brazo como al cruzar la plaza de la Porte Maillot. Creo que si me toca se va a ganar una bofetada. Él, el aficionado al sadomaso, va a tener la experiencia del sumiso.

Hace un momento rozó la copa con la cara, pero yo ya lo había bebido todo. Ese es el problema cuando a uno le encanta el champán rosado. Después se queda desarmado.

El ascensor no está lejos, pero mientras llega a esta planta, él me habrá alcanzado. Aquí está. Las puertas se abren y la gente sale. Son demasiados, estoy perdida.

En ese momento, el camarero, como un caballero andante, me salva.

—¡Por favor, señor, no ha pagado!

Si estuviera loco, si realmente quisiera seducirme, no debería ceder a esta conminación. Entraría en el ascensor, correría el riesgo de que el camarero llamara a la policía, se habría lanzado sobre mí y me habría besado.

No lo hizo.

Al mismo tiempo, sería injusto por mi parte reprocharle que no hubiera hecho algo que yo no quería que hiciera.

Sola, volví a coger el metro y me pregunté sobre los motivos que habían podido impulsarme a seguir a ese tío que en realidad no me gustaba (y que muy poco después en realidad me disgustaba).

Me hizo pensar en la «teoría de la relatividad según Ophélie», una teoría que elaboré después de una historia que le



ocurrió a mi amiga Marie. Un día, estábamos tomando una copa y ella me hablaba de una cita que tenía con un tío.

—Nos encontrábamos en el ascensor y alucina, trató de besarme. ¿Te imaginas? Di un salto de diez metros.

—Pero ¿habíais salido juntos varias veces?

—Sí, algunas... Pero en plan amistoso.

—Es evidente que no para él... ¿Entiendes que quizá para él no era tan solo amistoso?

—De acuerdo, pero aun así, ¡besarme en el ascensor! ¡Qué jeta!

—Si te gustara, si te hubiera parecido mono, lo habrías encontrado romántico.

—Puede ser, pero no me gustaba, era un amigo, nada más.

Fue después de esta conversación cuando inventé el concepto de «relatividad según Ophélie»: Si un hombre intenta besarte en un ascensor, es romántico si él es muy atractivo; si no, es algo que está fatal.

Todas estas digresiones me alejan de mi cumpleaños y de la visita a casa de mis padres. Hoy no he traído el tercer tomo de *Cincuenta sombras*: no me imagino leyéndolo con mis padres y mis abuelos por allí cerca. Me daría miedo que mi abuela me preguntara de qué trata.

—¿Está bien el libro, cariño?

—Sí, abuela.

—¿Y cuál es el tema?

—Lo que pasa, abuela, es que es una muchacha que está enamorada de un chico sadomasoquista que se pasa el tiempo queriendo darle azotes. Ah, se me olvidaba, también quiere que pruebe el vibrador anal.

Para nada el tipo de lectura del que se puede hablar con una abuela.

Dicho esto, una colega en el trabajo me ha dicho que su madre, catedrática de Letras de sesenta y cinco años, se lo pidió prestado en su última visita.